



Subjetividades 2013

Psicoanálisis de las Configuraciones Vinculares

ISSN 1851-7854 _ ISBN: 978-950-99804-6-4 (E-Book)
Buenos Aires - Argentina

VOL. XXXVI
2013

Dra. Ana María Fernández

Clase abierta: **“Clínica y crítica. Desafíos psicoanalíticos frente a vínculos y subjetividades actuales”**. Pp. 83-109

El título de esta clase al referirse a clínica y crítica alude al propósito de abrir interrogación, es decir, problematizar el quehacer cotidiano de nuestra clínica psicoanalítica. Hacer problema es abrir preguntas que permitan operar desnaturalizaciones. No se trata de preguntas para ser respondidas linealmente. Lejos de eso, suponen todo un criterio metodológico que habilite interrogar críticamente las naturalizaciones que inevitablemente se producen en nuestras actividades cotidianas. Nuestra clínica, como cualquier otra –podría ser la clínica médica, las prácticas de la justicia, etc.-van armando rutinas en el cotidiano de los campos de prácticas que insensiblemente van naturalizando cuestiones que deben permanecer abiertas¹.

Si tomamos como punto de referencia los años en que se establece el psicoanálisis en la Argentina con la fundación de la APA, es decir los años 40-50, han pasado cerca de setenta años. En estos años los estilos de vida, las costumbres, los modos de vincularse, la moral sexual, las modalidades de las organizaciones familiares, los valores y las prioridades en la vida, todo ha cambiado a una vertiginosidad tal que no sería exagerado plantear que los cambios de las prácticas sociales y las prácticas de sí han ido mucho más rápido que nuestras teorías.

En mi criterio, esta situación nos coloca frente a una urgencia. Urgencia clínica, desde ya, pero también conceptual, epistémico-filosófica, social, política, ética de producir herramientas lo más rápido posible. Lo demanda una realidad que, como decía, en la vertiginosidad de sus transformaciones, en más de una ocasión nos deja perplejos en la escucha de los relatos de vida de muchos analizantes de hoy.

¹ Deleuze, G. *Critique et clinique*, París, Minuit, 1993.

Si llevamos la mirada a las épocas de los primeros años de la práctica del psicoanálisis en nuestro país, analistas y analizantes pertenecían a un mundo social mucho más homogéneo. Unos y otros provenían de una burguesía culta o de una clase media alta ilustrada, donde más allá de las diferencias de las singularidades en juego, generalmente podían provenir y participar de un mismo mundo social y cultural. Hoy, las prácticas hospitalarias, por ejemplo, nos ponen en un ejercicio de la escucha a disposición de sufrimientos específicos de sectores sociales de extrema vulnerabilización y pobreza muy distantes de las condiciones de vida en las que nosotros nos hemos criado, educado², etc. Podemos, en tal sentido transitar diferencias de vida abismales. ¿Importa esto? ¿Incide en nuestro trabajo clínico? La neutralidad analítica ¿alcanza como garante?

También podemos hoy encontrar grandes diferencias de procedencia social-cultural entre nosotros/as mismos. El principio de los años sesenta marca el ingreso masivo a las universidades producto de la movilidad social ascendente de los años 50 de las clases medias. Y dentro de ese movimiento, el ingreso también masivo de mujeres, particularmente a las recién inauguradas carreras de Psicología. En aquellos tiempos también quienes consultaban podían decir con cierto orgullo pionero “Yo me analizo”, dándole a esta cuestión un valor cultural ya que no era algo muy común entonces.

En la actualidad, estas diferencias de procedencia socio-cultural se acentúan. Así por ejemplo, si en los primeros años de la carrera de Psicología se mezclaban básicamente alumnos procedentes de centros urbanos como Bs. As. La Plata y Rosario con estudiantes del interior, hoy constatamos que por ejemplo en la UBA crece el número de inscriptos provenientes del conurbano bonaerense provenientes de sectores socio-culturales bien disimiles a aquellos educados en Capital Federal.

²Si bien desde la Intervención de Pichón Riviere -uno de los fundadores de la Apa- en el Hospicio de las Mercedes el psicoanálisis argentino ha estado presente de muy diversas maneras en las prácticas hospitalarias, pueden señalarse en la actualidad dos signos distintivos. Por un lado, las formas extremas de vulnerabilización de la pobreza en los últimos años. Por otro, la naturalización de ciertas modalidades de abordajes públicos donde no se piensan dispositivos específicos para la atención hospitalaria.

En síntesis, ni entre colegas ni con relación a las personas que consultan compartimos un mundo medianamente homogéneo sino todo lo contrario, son procedencias de mundos bien diversos que constituyen una significativa heterogeneidad social no sólo de clase y base cultural, también generacional, de orientación sexual, etc. ¿Cuál es la importancia de señalar estas diferencias que para muchos pueden resultar obvias y sobretodo no significativas a la hora de implementar nuestros dispositivos de trabajo? Veremos un poco más adelante cual puede ser su incidencia, pero a modo de adelanto puede decirse que insignificar estas y otras diferencias suele invisibilizar sus efectos en el trabajo clínico mientras que distinguirlas, en principio, nos habilita a abrir interrogación a varias de sus dimensiones. En especial, en la indagación de nuestra implicación.

Si miramos algunos padecimiento de jóvenes³ que hoy consultan en muchos casos nos encontramos con personas que suelen no tener el hábito de la interrogación de sí; que a cualquier pregunta contestan “todo bien, todo tranquilo”, “no sé”, “nada”. Se trataría de modos de subjetivación *en plus conformidad* que tensionan con otros modos de subjetivación donde predominan las *pulsiones salidas de cause*, con experiencias de excesos, desbordes, violencias, autoagresiones, etc. En ambos casos, se trata de personas que pueden alterarse frente a cualquier situación cotidiana que implique elegir algo o confrontar con otro, no se entusiasman demasiado, que no parecieran necesitados de pensarse en su proyecto de vida, etc.

No es nada casual que la mayoría de estos/as jóvenes rehúsen el uso del diván y prefieran sesiones cara a cara, o no se instalen en tratamientos de larga duración, prefieran consultas más puntuales, opten por pagar sesión por sesión y no mensualmente, etc. Todas estas variaciones al dispositivo clásico suelen naturalizarse con lo que se clausura la interrogación conceptual y el dialogo entre colegas al respecto. No son meras cuestiones “técnicas”, sino que dicen, en principio y más allá de la singularidad del caso por caso, de un socio histórico en mutación.

³ Fernández, A.M., *Jóvenes de vidas grises. Psicoanálisis y biopolítica*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2013.

El rehusar el diván es un detalle que no habría que subestimar. Hay algo allí de la necesidad del contacto cara a cara que posiblemente esté diciendo, hable, de modalidades actuales de los vínculos, del lazo social, de los aislamientos, en que se configuran hoy las subjetividades. A mi criterio, *el espacio de la clínica es uno de los lugares más sensibles a los cambios socio-históricos.*

Si miramos el trabajo en instituciones estatales: hospitales, escuelas, aparatos judiciales, direcciones de la mujer, desarrollo social etc., vemos con beneplácito cómo a lo largo de los años se ha ampliado y se sigue ampliando la inserción de psicólogos en organismos públicos. Sin embargo, cuando estos colegas se identifican como psicoanalistas suelen tener importantes dificultades para reconocerse como agentes del Estado. Así, no suelen utilizar resortes públicos que tienen a disposición porque eso significaría salirse de su lugar de analistas.

Se establece así una tensión -imaginaria pero de grandes efectos nocivos en las prácticas profesionales- entre dos modalidades identitarias: *psicoanalista-agente del estado*. No sería estrictamente psicoanalítico llevar historias clínicas, aplicar protocolos de riesgo, consultar con el establecimiento escolar en el caso de niños problemáticos, etc. etc. Aquello que no se instrumenta en la práctica privada de los consultorios, quedaría descalificado en las prácticas hospitalarias con lo que se desmiente la inscripción en lo público, es decir se desmiente la inscripción material de empleados del estado y por consiguiente, no habría que atenerse a muchos de sus reglamentos.

La dimensión crítica de la clínica supone un estar atentos a las subjetivaciones y formas de vincularse propios de una época. Por eso decía, nada más sensible a los cambios socio-históricos que la clínica. No se trata de establecer otros cuadros clínicos, sino de problematizar, abrir interrogación, a estilos o modalidades de sufrimiento que toman alguna especificidad en estos tiempos. Reconocer esta historicidad implica dos movimientos: por un lado la disposición a pensar la actualidad de algunos padecimientos y ligado a

ello reconocer la adecuación de las modalidades clínicas fundacionales a su momento histórico y por ende la legitimidad de sus modificaciones actuales, en los casos que sea necesario.

Tal vez la resistencia a pensar la historicidad de la clínica provenga de un deslizamiento de sentido del propio término *setting* (del inglés: marco, escenario, encuadre) donde en su tensión entre lo constante y el lugar a lo imprevisto que lo define, ha cobrado mayor énfasis el gusto por lo estable o constante. Creo que esta extensión excesiva del polo de lo constante en el despliegue de dicha tensión en el *setting*, junto con una noción de inconsciente a-histórico confluyen en generar resistencias a pensar la presencia de los cambios o transformaciones socio histórica en la clínica y sus modos de abordaje.

De las múltiples situaciones de época que podrían pensarse quisiera resaltar, por un lado estos jóvenes de vidas grises, por otro el incremento de violencias, crueldades y abusos en los vínculos y en tercer lugar las diversidades sexuales, como tres dimensiones muy de actualidad para las que, bueno es reconocerlo, no tenemos aún *relato clínico*. Es decir, no hemos podido pensar las especificidades en las que deben ser escuchadas y abordadas estas problemáticas. Si frente a estas cuestiones mantenemos las formas más convencionales de trabajo comprobaremos que al no poder ser escuchadas en su especificidad, se obturan asociaciones libres y atenciones flotantes. No poder poner relato específico implica que lo que no tiene palabras, no es. De allí, el riesgo de iatrogenia. De allí, la importancia de abrir interrogación a estas cuestiones. Se trata, entonces, frente a diferentes cambios de época, de abrir interrogación al propio dispositivo psicoanalítico. ¿Cómo sostener su hospitalidad?⁴

⁴ Derrida, J., *Los estados de ánimo del psicoanálisis Lo imposible más allá de la soberana libertad*, Buenos Aires, Paidós, 2001.

Si ponemos nuestra atención en *la clínica de parejas*, vemos cambios acelerados en las modalidades de crianza, las practicas eróticas, los argumentos amorosos, las conyugalidades de personas del mismo sexo, las decisiones de tener hijos, etc. Podríamos plantear cuatro niveles de análisis que separaremos en función de la claridad expositiva, pero que en la realidad se encuentran permanentemente entramados, entrelazados. Pero cada uno de estos anillados- entramados, han abierto significativas interrogaciones no solo clínicas, también epistémicas, conceptuales y éticas.

Los cuatro anillados se refieren a: a) los entrecruzamientos fantasmáticos b) la visibilización de los poderes de género c) las crueldades y violencias en los vínculos y d) las diversidades sexuales.

a) Los entrecruzamientos fantasmáticos.

Para quienes trabajamos en psicoanálisis de parejas y familias este es sin duda el nivel que más conocemos, ya que es un campo de saberes y practicas aportado por los propios estudios unidisciplinarios. Se refiere a las distintas modalidades que en las parejas y /o familias se arman los entrecruzamientos fantasmáticos. Es decir, se trata de distinguir clínicamente como operan las complementariedades y suplementaridades de los posicionamientos en la escena fantasmática de cada quien y sus articulación en las formas de configurar sus estilos vinculares.

Los aportes, hace ya bastantes años de Anzieu y Kaes acerca de que no se trata de pensar un inconsciente colectivo sino que la escena inconsciente, *la otra escena*, es grupal y en tanto tal cada uno de nosotros en sus vínculos tiene la posibilidad de circular por los diferentes posicionamientos de la escena, permitieron establecer un gran avance epistémico.

R. Kaes suele insistir que en la medida que salimos del dispositivo clásico de *diván-analizante-analista* y trabajamos con dispositivos colectivos (grupos, parejas, familias) estos ponen en visibilidad otras dimensiones de lo inconsciente que indican la necesidad de reformulaciones metapsicológicas.

La cuestión así planteada -un tipo de dispositivo arma visibilidad a ciertas modalidades fantasmáticas más que a otras- es de suma importancia ya que pone en acto una caución epistémica. Aquello que podemos conceptualizar no habla de lo que el inconsciente es -*consideración ontológica*-sino de aquello que se vuelve visible y por ende enunciable en determinadas modalidades de abordaje. Ya no estaríamos entonces en un enfoque ontológico, sino *epistémico*. Importantísimo recaudo de método que se vuelve un excelente instrumento contra aquellas posibles capturas esencialistas que el “es” puede habilitar.

El trabajo en el nivel fantasmático es, como sabemos, imprescindible en un abordaje psicoanalítico. Pero no se puede trabajar sólo en él, ya que en realidad transita articulado con otras dimensiones de análisis que el psicoanálisis unidisciplinario frecuentemente considera fuera de su disciplina y por ende, fuera de su consideración. Un ejemplo muy claro de esto son las cuestiones de poder de género.

Así como la precisión conceptual realizada por la escuela de Anzieu y Kaes al desplegar nuevas modalidades de abordaje creó condiciones de posibilidad para repensar un nivel epistémico y otro metapsicológico, al trabajar con recursos psicodramáticos, por ejemplo, nos hemos visto en la necesidad - al *disponer* en el dispositivo cuerpos en acción- de repensar la cuestión de las corporalidades y sus formas específicas de expresión, diferentes de aquellas más clásicas del lenguaje. También, frente a estos colectivos en acción hubo que pensar modalidades de lectura específicas. No siempre en una dramatización se tratará de significantes que deslizan, sino también de *cuerpos que redundan* a partir de las intensidades que despliegan. Más allá de lo que sus participantes hablen, actúan. Ponen sus cuerpos en movimiento, se producen particulares afectaciones al interactuar, etc. Cuestión clínica, sin duda, pero también de necesaria reformulación en el plano conceptual, donde las herramientas han sido también filosóficas, ya que trabajar lo específico de la intensidad de las corporalidades ha llevado

por ejemplo, a interrogar la naturalización en psicoanálisis del deseo como carencia⁵.

b) Las relaciones de poder de género

Los escritos sobre Género y Psicoanálisis empezaron en la Argentina a fines de los 70. (En el primero mundo, aproximadamente una década antes). Han cobrado tal relevancia que en el extranjero suele hablarse de “la escuela argentina” en el tema. Sin embargo, por lo menos en el psicoanálisis más institucionalizado, suele decirse que *la cuestión de género* no es una problemática psicoanalítica sino sociológica. Se afirma, en cambio que la categoría específicamente psicoanalítica es *diferencia sexual*⁶.

En realidad, tampoco es una categoría sociológica, pero la necesidad de establecer las cuestiones en clave unidisciplinaria hace que muchos psicoanalistas supongan que proviene de la sociología. Es una categoría que proviene de los Estudios de Género que como los Estudios Culturales o los Estudios Poscoloniales, por ejemplo, son áreas transdisciplinarias. Uno de sus objetivos fundacionales fue aportar herramientas para que en cada disciplina se pudiera pensar qué había quedado omitido o sesgado respecto de las mujeres dado que las Humanidades desde su aparición había sido pensadas desde lógicas -como diría Derrida- logo-falo-céntricas. De allí que “la escuela argentina” ha trabajado fundamentalmente qué es lo omitido o sesgado en las conceptualizaciones de la diferencia sexual en relación a las mujeres como también desde qué lógica de la diferencia ha sido pensada la diferencia sexual.

No tener en cuenta estas cuestiones no significa que no estén operando en la consulta, solo que se vuelven allí no escuchables, invisibles, no enunciables. Así por ejemplo, muchas mujeres en los dispositivos de

⁵ Fernández, A.M. "Los cuerpos del deseo: potencias y acciones colectivas", Revista *Nómadas*, n° 38, Universidad Central de Colombia, Bogotá, 2013; **También** en Fernández, A.M., *Jóvenes de vidas grises*, Ob.Cit.

⁶ Para ver las implicancias filosóficas actuales de este debate ver: Žižek, S., *El espinoso sujeto. El centro ausente de la ontología política*, Buenos Aires, Paidós, 2001.

pareja silencian variadas cuestiones, aun en vínculos no violentos, ya que no cuentan con las condiciones “políticas” en ese vínculo para expresarse libremente. Como generalmente no se equivocan, un/una analista advertido/a tendrá que estar atento/a no solo a lo que dicen, sino también a lo que callan u omiten estratégicamente. No están faltando al acuerdo de asociar libremente, sino que solo pueden hacer explícito aquello que las diferencias de poder de género, es decir sus *diferencias desigualadas*⁷ les permiten. En síntesis, cómo se entranan, se anillan, las fantasmáticas y las desigualaciones?

De lo mucho que se podría hablar de este nivel de anillado, me parece importante señalar que es necesario, en el imaginario profesional, desnaturalizar–desplegar lo que está plegado. Así, por ejemplo, en el significante *pareja*, ¿qué universos de sentido, qué líneas de significancia, estarían operando allí plegados? ¿Significa un par, porque son dos? Bueno, a veces hay más de dos, pero oficializados suelen ser dos (risas)... pareja significaría que son parejos? Parejos en posibilidades de oportunidades, de elecciones en la vida? Sabemos bien que no.....

Si ese imaginario profesional naturaliza la idea de que están o son parejos frente a la vida, si inscribe ese significante en una campo de significancia de “lo parejo de la pareja”, en el accionar clínico formará parte, sin darse cuenta, de alguna de las desmentidas sociales de la desigualaciones de género. Por lo tanto, en la clínica habrá algo allí que no podrá escuchar, distinguir, señalar, leer. Esto es lo mismo que decir que el dispositivo pierde hospitalidad para esa diferencia desigualada.

En lo conceptual, se habrá insignificado la necesidad de pensar las relaciones de poder en tanto organizador psíquico. Estoy estableciendo allí una diferencia: no se trata de cuestiones sociales que influyen en lo psíquico, estimulando o dificultando. Esto sí podría considerarse sociológico. Sino de pensar las relaciones de poder, en este caso de género, en la constitución misma del psiquismo. Cabe entonces abrir la problematización con una

⁷ Fernández, A.M. “Las diferencias desigualadas. Multiplicidades, invenciones políticas y transdisciplinas”, Revista *Nómadas*, N° 30, Universidad Central de Colombia, Bogotá, 2009.

interrogación generadora: *¿cómo se articulan los anillados de los organizadores fantasmáticos con los organizadores de poder de género en la constitución específica de las subjetividades de varones y mujeres?* ¿Cómo se entraman los anillados de los organizadores fantasmáticos de cada quien con la configuración de sus posicionamientos en las relaciones de poder de género? ¿Cómo desde ambos se componen sus vínculos? Lo mismo podría pensarse en relación a otras relaciones de poder: de etnia, de clase etc. según las características de la sociedad o grupo social donde se despliega una crianza.

No tener en cuenta este nivel de análisis significa formar parte, inadvertida pero eficazmente, de las desmentidas colectivas de las desigualaciones sociales o diferencias desigualadas⁸. No se trata de cuestiones ocultas, sino tan allí que no pueden verse, por eso operan en latencia⁹, formando parte de los imaginarios sociales que indefectiblemente portamos. No es este un tema menor, ya que cuando las diferencias desigualadas operan en un/una analista en desmentida se forma parte, -se participa- de las estrategias biopolíticas de dominio. Insensiblemente, el espacio de análisis se inscribe en el discurso del amo y se desliza del escenario de la cura al espacio del control social.

Así, por ejemplo, muchas mujeres transitan intensos desgarros emocionales, descompensaciones, desbordes, locuras, inadaptaciones diversas que algunas veces pueden ser las formas de expresión de resistencias a *una subalternidad* que no pueden tolerar o formas de denuncia no deliberada, no explícita, de abusos naturalizados que padecen cotidianamente. Entonces, ¿cómo trabajar para que desde el sufrimiento, el síntoma, la locura, la transgresión, el desborde, pueda tomar lugar la potencia de invención, la creatividad, el bienestar consigo mismas? Difícil será trabajar estas posibilidades si no nos preguntamos ¿a qué está resistiendo? ¿A qué subalternidad resiste, qué abuso denuncia en sus síntomas o en sus desbordes?¹⁰ Frecuentemente muchos cuadros de ansiedad o depresión

⁸ Fernández, A.M., *Las lógicas sexuales: amor, política y violencias*, Buenos Aires, Paidós, 2009.

⁹ Fernández, A.M., *EL campo grupal. Notas para una genealogía*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1989.

¹⁰ Dio-Bleichmar E., *El feminismo espontáneo de la histeria*, Madrid, Androtaf, 1985.

transitan estos conflictos de la subalternidad. También esos modos tan femeninos de *la querella*, el resentimiento, la insatisfacción. Anorexias y bulimias suelen hablarnos en sus síntomas de abusos infantiles, pero no podemos escuchar sus lenguajes un tanto cifrados porque no usamos estas herramientas conceptuales que los Estudios de Género -y no el psicoanálisis- han proporcionado.

Algo similar podría decirse respecto de la ira, de la hostilidad, el enojo. La ira se expresa no sólo en sus contenidos, sino en sus intensidades y como bien sabemos nuestra cultura habilita de muy distinto modo su expresión en varones y en mujeres. Entonces, si en vez de apurar el apaciguamiento de una depresión (ira vuelta hacia adentro) con psicofármacos, si en vez de invisibilizar o desmentir en el caso por caso, que tal vez en esa sintomatología se estuviera expresando algún componente de una resistencia o rebeldía que no se termina de formular como tal, o nos habla de un sufrimiento de la subalternidad que no se termina de aceptar pero que toma el camino de los síntomas, tal vez si abordamos la intensidad en que se expresa,(no tanto el contenido), tal vez se abra la posibilidad de un proceso-largo, complejo, penoso, pero posible-de transformación de esos malestares en potencia inventiva, creativa que haga posible modificar algunas condiciones de vida, algunas correlaciones de fuerza, que se expresan en esos modos de sufrimiento.

Aquí podemos abrir dos cuestiones: por un lado, cómo repensar aquello que clásicamente se ha pensado como transferencia y por otro cómo intervenir en estas cuestiones sin caer en ideologizaciones transvestidas de intervenciones interpretantes. El psicoanálisis, más allá de las diferencias que presenta sus distintas corrientes, ha abierto visibilidad a aquello del orden fantasmático que se mueve en el trabajo clínico donde están incluidos los posicionamientos en la otra escena del propio analista. Como todos sabemos, esto ha sido una herramienta importantísima para el trabajo clínico. Sin embargo es necesario hoy ampliar esta dimensión que aborda la interrogación de sí del propio analista. Para ello me ha sido muy útil la noción extra-analítica de *implicación* que aportó hace ya bastantes años R. Lourau

para el análisis institucional¹¹. Se trata de poder pensar como en cada analista , en cada escucha se juega su implicación, es decir qué se juega en cada escucha de su propia diferencia: de género, de clase, de edad, de etnia, de “opción” sexual... pensemos que en esta última hoy no solo tenemos que abordar posicionamientos gays y lésbicos, sino también toda el área trans, lo transgénero, toda una gama de experienciarios que se han organizado en sexuaciones que parecerían des-bordar las modalidades binarias de la diferencia sexual propias de la primera modernidad.(Retomaremos esto más adelante).

La indagación de la propia implicación no puede realizarse en soledad sino que es necesario habilitar espacios de “*comunidad clínica*” como los llamaba F. Ulloa que reformulan a mi criterio, los clásicos espacios de supervisión o control¹². Ulloa resaltaba la importancia de espacios de confianza recíproca para pensar, en grupo, el trabajo clínico. Les llamo espacios de “clínica de la clínica” donde es fundamental que la coordinación se realice en modalidad descentrada. Este descentramiento de la coordinación no es meramente un gesto democrático, sino que se vuelve imprescindible para que desde esa coordinación se creen condiciones de posibilidad para potenciar la capacidad de inventar, de pensar en autonomía de los y las colegas en formación. Camino inverso a la inhibición que producen ciertas formas de superyó psicoanalítico o cristalizaciones de la situación de un maestro de supuesto saber y eternos aprendices o discípulos.

Para poder escuchar sufrimientos de la subalternidad de género, por ejemplo, tengo que poder indagar-con otros-que mueve esa escucha de mi propia subalternidad como mujer. Para poder escuchar, sin patologizar de entrada, los sufrimientos de un posicionamiento sexual no hetero, tengo que poder indagar como me implican en esa escucha singular, modalidades de erotismo y el amor, que bueno es empezar a reconocerlo, han estado por fuera de la imaginación de muchos de nosotros.

¹¹ Lourau, R. *El análisis institucional*, Buenos Aires, Amorrortu, 1991.

¹² Ulloa, F. “Comunidad Clínica”, Ficha Cátedra Psicoterapia II, Fac. de Psicología, UNLP, 2005.

Respecto de la segunda cuestión, creo que entre menos se indague la implicación más posibilidades se crean para realizar intervenciones que camuflan, travisten opiniones, modos ideológicos de ver la vida, etc. En tal sentido, un recaudo de método que puede resultarnos operativo, es intervenir en lo que llamo “puntuar el detalle”. Se trata de distinguir y puntuar. ¿Qué es un punto? Un punto es un pliegue¹³, a veces sumamente plegado, que al abrir interrogación al pequeño detalle pueden crearse condiciones para que operen diversos despliegues. En ese desplegar es posible que se desconecten significaciones que estaban allí anudadas y puedan agenciarse en otros universos de sentido y operar alguna resignificación.

En los abordajes de pareja y dado que los síntomas como todos sabemos tienen esa doble faz de lo que ocultan y revelan al mismo tiempo, será necesario registrar cómo opera la funcionalidad de lo que se oculta y lo que se revela. Como se configuran los pactos que delimitan lo que se oculta y lo que se revela en ese *entre-dos*. Cómo en esos pactos se articulan de modo sumamente condensado los pactos fantasmáticos y los pactos socio históricos. Podemos señalar al respecto las transformaciones socio históricas del paso de los matrimonios “por conveniencia”, los arreglos matrimoniales entre familias y aquellos regidos por los imaginarios del amor romántico, hoy también en franca crisis.

c) Crueldades, violencias y abusos

Si tomamos el tercer anillado que refiere a la presencia en los espacios en la clínica de modalidades vinculares que se configuran en presencia de significativas crueldades, violencias y abusos, una primera cuestión que me interesa abordar es esa pregunta que insiste: ¿estamos en presencia de un incremento de violencias, crueldades y abusos, o es que se denuncia y visibiliza más? Con la ayuda de Deleuze una vez más, podemos decir que no es “o”, sino “y”. Se trata de pensar estos procesos con *una lógica inclusiva* y

¹³ Deleuze, G. *El pliegue. Leibniz y el barroco*, Barcelona, Paidós, 1989.

no *disyuntiva*. Por consiguiente podría decirse que estaríamos en presencia de un incremento de las violencias, crueldades y abusos y también se denuncian y visibilizan más.

Una segunda cuestión está referida a las condiciones socio históricas que estarían operando en el incremento y en las naturalizaciones de modalidades vinculares donde opera el destrato, el destrato cruel. No solo los maltratos físicos explícitos sino los destratos, indiferencias, ese dejar caer al otro donde en muchas formas que toman los lazos afectivos el otro es un otro denigrado, ignorado, no tenido en cuenta, *un otro caído*.

Por razones de tiempo no puedo detenerme en esto, remito a lo que ya he escrito al respecto el *Las lógicas colectivas*¹⁴ y más recientemente en *Jóvenes de vidas grises*. Muy sintéticamente, se trata de procesos que he denominado *la barbarización de los lazos sociales* donde el despliegue actual de estas cuestiones estaría dando cuenta de ciertas transformaciones de las lógicas culturales del capitalismo que nosotros podríamos agrupar en el cumulo de impunidades públicas (corrupción de la justicia, la policía, poderes corporativos, falta de garantías democráticas, etc. a escala mundial) En mi criterio, este desfondamiento de las instituciones públicas -*las impunidades públicas*- tendría como correlatos el despliegue de *impunidades privadas*.

Observamos así cierto desarrollo de crueldades e impunidades diversas en los lazos afectivos, en noviazgos, conyugalidades, en las familias, que salvo que tomen la forma de la violencia explícita suelen presentarse como muy naturalizados en el relato de las personas que consultan.

Es necesario poner también aquí alerta clínica. En la Argentina en el año 2012 llegamos a 255 femicidios por día. Las violencias físicas van cambiando sus formas de presentación. Así por ejemplo, en los últimos tiempos estamos frente a alarmantes situaciones de noviazgos violentos o donde un femicidio se produce ya no solo como final de toda una vida de golpes, sino en relaciones de pocos meses de duración. Son situaciones de

¹⁴ Fernández, A.M., *Las lógicas colectivas. Imaginarios, cuerpos y multiplicidades*, Buenos Aires, Biblos, 2007.

verdadero riesgo que ya no solo corresponde a la sección homicidios de los diarios, sino que pueden estar dando indicios en la consulta.

Los psicoanalistas trabajamos en cualquier problemática con indicios, con claves encriptadas en los relatos de los analizantes. ¿Por qué razón tendremos tantas dificultades en el registro de los *indicios de riesgo* de las violencias? ¿Cómo intervenir en estas situaciones? No olvidemos que generalmente son muertes anunciadas. Solo que ha habido una cadena de lugares donde no se leyó a tiempo el anuncio de lo que iba a ocurrir, o se pensó que no se debía intervenir, o no se supo qué hacer, etc. Cómo comportarnos frente a esa muchachita que llega muy contenta al consultorio porque ha empezado a salir con un joven que la cuida mucho, siempre la va a buscar a todos lados, la llama a cada rato. La quiere tanto que es hasta celoso de sus amigas y su familia. Se van a vivir juntos al muy poco tiempo, ya no la deja ir a visitar a sus padres, lee sus mensajes, las escenas de celos cobran cada vez mayor voltaje etc. etc....

Estos son alertas clínicos que tenemos que saber escuchar y donde es necesario que dialoguemos entre nosotros sobre las mejores formas de intervenir. No podemos mantenernos exclusivamente en la interpretación – sin duda correcta– de los posicionamientos fantasmáticos que están en juego allí y que seguramente proporcionan buena parte de la amalgama de ese vínculo. Desconfigurar anudamientos fantasmáticos suele llevar mucho tiempo y lamentablemente los ritmos de las violencias van a mucha mayor velocidad.... La pertinencia unidisciplinaria puede, en estos casos, limitar las herramientas a implementar. Se está desplegando allí un hiper-real, sin duda muy diferente al real que vuelve como delirio de la psicosis, muy diferente también a las fantasmáticas neuróticamente incestuosas de *la otra escena*.

Podemos decir también que en hospitales y Direcciones de la Mujer y espacios de la justicia, solemos encontrar fuertes resistencias de colegas a aplicar *protocolos de riesgo* en este tipo de situaciones. En ambas situaciones creo que es necesario afinar nuestros instrumentos para poder tomar en

cuenta, *atender al indicio*, de modo tal que de los indicios se puedan ir configurando indicadores. *Indicadores de riesgo*.

Las dificultades frente a relatos de crueldades y abusos tienen una larga historia institucional en psicoanálisis, de alcances incluso metapsicológicos. ¿Voy a creer o no creer el relato de abuso? Nos encontramos aquí con una paradoja fundacional. El dejar de creer en los relatos de abusos de sus pacientes le permitió a Freud inventar un concepto princeps, fundacional, del Psicoanálisis, el concepto de *realidad psíquica*. De la idea de un trauma sexual, realmente acontecido en la infancia de adultos neuróticos en tratamiento, pasa a considerar el papel de las fantasías en la configuración de la realidad psíquica.

Este pasaje delimitó, nada menos que el campo propio del psicoanálisis. Pero al operar con una lógica disyuntiva “o esto o aquello” y no con una lógica inclusiva “esto y aquello” produjo como daño colateral la instalación de la sospecha respecto de la veracidad de los relatos de abusos realmente acontecidos¹⁵. Así aquellos pacientes que fueron víctimas de reales abusos quedaron fuera de la escucha, es decir que para ellos/ellas el dispositivo no dispuso de hospitalidad¹⁶.

Este me parece un significativo ejemplo del entramado de diferentes anillados. Son diferentes dimensiones de una problemática que se entrecruzan de muy diversos modos: una dimensión clínica, otra institucional, otra metapsicológica, otra ética...

En realidad, no se trata de creer o descreer de los relatos de abusos, sino de estar cada vez más avezados en saber distinguir -en las modalidades que adoptan en los relatos los modos del decir, pero también las corporalidades- aquellos indicios que puedan operar como indicadores de veracidad. En síntesis, habrá que ver en qué casos estamos frente a situaciones de abuso realmente acontecidos y en qué casos estamos frente a producciones fantasmáticas.

¹⁵ Fernández, A.M. “Las marcas de infancias abusadas” en Lerner, H. Comp., *Los sufrimientos. 10 psicoanalistas. 10 enfoques*, Buenos Aires, Psicolibro Ediciones, 2013.

¹⁶ Fernández, A.M., *Las lógicas sexuales*, Ob. Cit.

Dicho esto, rápidamente hay que agregar que en la clínica nada es tan claro y distinto. Todo hecho realmente acontecido en la historia de un sujeto, se significa o se insignifica en el entramado de la configuración de sus organizadores fantasmáticos. Por lo tanto, es importante señalar que los eventos realmente acontecidos de un abuso no pueden subsumirse en la lectura del nivel fantasmático, pero tampoco puede desconocerse su íntima conexión. Pero no es lo mismo trabajar en la dificultad de avanzar en esa intrincada trama que desmentir el abuso, suponer que no existió y, en consecuencia, dar por supuesto que es parte del mundo fantasmático de ese/a analizante.

Pero aún podemos complicar más el tema... pensemos en niveles vinculares que organizan posicionamientos donde estas dos cuestiones están más entrelazadas, por ende menos diferenciadas aún. Tomemos la importancia de la mirada del padre en la organización de lo femenino en la niña, la mirada deseante del padre varón sobre la niña, luego mujer. Si el padre la mira "de más", nos deslizamos hacia dimensiones un tanto incestuosas, todas de altísimo costo para esa mujer y su femineidad. Pero si la mira "de menos", si no la inviste libidinalmente lo suficiente, sus costos psíquicos no serán pocos en la constitución de su erotismo, de su capacidad de seducción, de su confianza en sí misma en su andar por la vida. ¿Dónde ubicar la justa medida? ¿Dónde se define? Como todos sabemos, nada sencillo...pero allí no se agota el problema. En condiciones ideales, este cuadro incluye a una madre que no tendría que sentirse amenazada por ese vínculo donde la niña, con un padre garante de la prohibición del incesto, ensaya desde muy chiquita sus juegos de seducción. Para que esa madre no se sienta amenazada en su lugar de mujer tendrá que, a su vez, no sentirse eróticamente no mirada, no deseada, por su cónyuge. Difícilmente lo logrará si él despliega sus erotismos por otro lado y ella espera resolver estas cuestiones solo bajo el paraguas conyugal.

Podemos ver aquí, una vez más, como las cuestiones del deseo y la constitución de los psiquismos y las sexuaciones se encuentran permanente

y profundamente entrelazadas a cuestiones histórico sociales y políticas de género: ¿a qué tiene derecho cada quien?

d) Las diversidades sexuales

Lo que acabo de plantear, en realidad, estaría dando cuenta de los procesos que habilitaran a la configuración de una futura mujer heterosexual, con padre y madre heterosexuales. Si lo dejamos así, estamos haciendo un planteo que desliza necesariamente a lo heteronormativo. ¿Cómo serían estos juegos edípicos en una niña que devendrá bisexual, homosexual, travesti, etc.? ¿Cómo se desplegarían con un papá o mamá clandestinamente bisexuales? Sabemos muy poco de todo esto....

Esto nos lleva al cuarto anillado donde tendremos que abordar la cuestión de las diversidades sexuales. El siglo XXI, en el paso de las sociedades disciplinarias a las sociedades de control, va afianzando particulares configuraciones existenciales -existenciaris- de la diferencia a las diversidades sexuales.

He desarrollado la cuestión moderna de la diferencia, su base epistémica, en “Las lógicas sexuales”. Muy brevemente, puede decirse que las lógicas culturales del capitalismo temprano dieron un andamiaje específico que ha hecho posible la desigualación de toda diferencia a través de tres naturalizaciones: a) B es no A, por la cual la diferencia solo puede ser pensada como *negativo de lo idéntico*. b) la diferencia como *el otro*, donde sólo puede ser pensada como extranjería, alteridad y por lo tanto establecida como amenazante. Será necesario inferiorizar, descalificar, discriminar. c) la diferencia en el orden del ser. *Ser diferente*. Se construye identidad al rasgo. A partir del rasgo distinguido como diferente se construye identidad y se hace del rasgo totalidad.

Esta base epistémica y sus consecuencias como la discriminación, la estigmatización, etc. es lo que en las lógicas del capitalismo tardío comienza a desfondarse. De allí que se hace necesario pensar el tránsito de la diferencia

a las diversidades. Dicho esto, hay que agregar que hablar de diversidades no solo es una cuestión temática o que se resuelve desde lo políticamente correcto. Implica la construcción de la categoría “*diversidades*”, que tensionará con la categoría “*diferencia*”. Problema epistémico, sin duda, pero que atravesará toda la clínica en los abordajes de esos padecimientos.

La velocidad de las transformaciones en las modalidades amoratorias, eróticas, conyugales, parentales¹⁷ y sus modos de subjetivación nos deja en ciertos desamparos conceptuales y categoriales para poder pensar, escuchar, intervenir por fuera de implicaciones heteronormativas

El orden sexual moderno ha entrado velozmente en procesos de desorganización, desfondamiento, insignificación, resignificación, etc. Ya no podemos mantener una categoría de diferencia sexual absolutamente binaria. Tampoco podemos abandonarla... Se ha desquiciado esta modalidad binaria –siempre jerárquica– y no sabemos aun como pensar las diversidades que la desbordan¹⁸. Otra vez aquí nos encontramos frente a un entramado de diversos anillados: clínico, conceptual, metapsicológico, epistémico, histórico-social, ético, político...y la pregunta por la hospitalidad del dispositivo insiste.

Contamos con el importante aporte que realizó M. Foucault a finales del siglo XX cuando planteó que la sexualidad es una construcción histórica y no una invariante. Si la sexualidad es una experiencia que se configura a partir del siglo XVIII, hoy en franco proceso de transformación, también deberían serlo las categorías y conceptos desde donde son pensadas las sexuaciones contemporáneas.

¿Cuánto de los rasgos que, por ejemplo, han permitido pensar las homosexualidades como perversiones, como estructuras perversas, se han debido a las condiciones de clandestinidad en que estos erotismos han tenido

¹⁷ Proyecto de Investigación UBACyT “Modos de subjetivación contemporáneos: diversidades amorosas, eróticas, conyugales y parentales en sectores medios urbanos”, Directora Dra. Ana M. Fernández. Período 2011-2014. Universidad de Buenos Aires.

¹⁸ Fernández, A.M., Siqueira Peres, W. *La diferencia desquiciada. Géneros y diversidades sexuales*; Buenos Aires, Biblos, 2012.

que desplegar sus prácticas sexuales y amorosas? Qué transformaciones se producen en estas subjetivaciones con la salida cultural del closet? Cuestiones muy evidentes en nuestra práctica clínica si comparamos analizantes “homosexuales” de sesenta años o más que aun hoy disimulan su condición sexual con aquellos muy jóvenes, de 18 o 20 años que no conciben ocultar nada...O en el medio los hoy de aprox.40 años que exaltan la diferencia y es la generación que ha dado lugar a los movimientos y organizaciones gay, las luchas por la ampliación de derechos civiles, etc. Es interesante como los más jóvenes que no arman identidad al rasgo, no participan de los espacios sociales de “homosexuales” porque consideran que estas actividades encierran en ghettos, sin embargo participan con entusiasmo en las marchas del orgullo gay.

O en el caso de las mujeres, donde hasta hace no más de 20 años era frecuente encontrar mujeres que abandonaban luego de largo tiempo matrimonios heterosexuales para establecer pareja con otra mujer, mientras que hoy pareciera más frecuente el inicio de relaciones con otras mujeres desde la adolescencia. O encontramos consultas de muchachas autopercebidas como lesbianas con chicas que provenientes de relaciones hetero no se perciben a sí mismas como homosexuales. En general, los y las más jóvenes en relaciones o encuentros con personas de su mismo sexo no consideran llamarse “homo” y en muchos casos consideran que no hay nada que preguntarse al respecto y rechazan armar del rasgo identidad.

No sólo van cambiando las prácticas e imaginarios sociales de hombres y mujeres respecto de las sexualidades, las propias nomenclaturas como heterosexual, homosexual, bisexual se vuelven objeto de crítica por los propios involucrados/as en tanto se desnaturalizan los procesos de nominación que responden a lógicas sexuales identitarias, propias de las lógicas culturales del capitalismo temprano.

¿Qué es lo que pareciera haber estallado con la visibilización de las llamadas diversidades sexuales? Pareciera que el orden sexual moderno y la configuración de identidades y nominaciones referidas a la sexualidad es

desbordado en este despliegue actual de las diversidades que resisten tal clave identitaria... en algunos casos. En otros refuerzan su diferencia. Aquí podemos observar una particular complejidad. Coexisten sin aparente conflicto existenciaros en clave identitaria que exaltan su diferencia con existenciaros que rechazan toda captura identitaria y no aceptan que se los nomine o defina sólo por un rasgo: su condición sexual.

El *orden sexual moderno* pensó y actuó las sexualidades en clave identitaria, es decir que la sexualidad define el ser: soy hetero, homo o bisexual. Se dice que es una lógica binaria porque fija dos términos: hombre-mujer, heterosexual-homosexual. Pero no solo es binaria, sino también jerárquica. Mujeres y homosexuales serán inferiores, peligrosos o enfermos respecto de varones heterosexuales.

¿Por qué orden, qué es lo que ordena? Ordena el mundo, la vida, las subjetivaciones, las prácticas y las identidades configurando una fuerte amalgama entre sexo biológico, género, deseo y prácticas y placeres sexuales. Un varón biológicamente hombre, será de género masculino, deseara mujeres, sus prácticas eróticas serán activas y sentirá placer en explorar y penetrar. Una mujer biológicamente mujer, será de género femenino, será deseada por varones, sus prácticas eróticas serán pasivas y sentirá placer en ser explorada y penetrada. La combinación de sexo biológico, género, deseo, prácticas y placeres define las identidades masculinas o femeninas. Esta clave identitaria basada en la sexualidad implica armar identidad a partir de un rasgo. *Identidad al rasgo*.

La contracara de este orden sexual -pensada como anomalía y desigualada socialmente, pero reconocida como existente- configuró la constitución de identidades "homosexuales" que en los varones compondrá varones afeminados y en el caso de las mujeres lesbianas, chicas varoniles. Mientras esto fuera así, nada amenazaba la lógica identitaria binario-jerárquica y su orden sexual con las necesarias desigualaciones y discriminaciones.

Pero la cada vez mayor visibilización de travestis, transexuales, transgénero, intersexos y las transformaciones estéticas y políticas de quienes mantienen identidad gay o lesbica y aun de los existenciaros que se definen heterosexuales van desbordando los estereotipos modernos de la sexualidad.

El desacople de la amalgama moderna de la sexualidad -*sexo-género-deseo-prácticas-placeres*, junto a los acelerados cambios dentro de los universos “homosexuales” ha traído estas diversidades -más allá de la diferencia- a la consulta y la escucha analítica. Para sostener su hospitalidad, el dispositivo psicoanalítico tendrá que repensar muchas de las categorías y conceptos desde donde ha pensado tradicionalmente estas cuestiones. Nos encontramos frente a enormes desafíos no solo en la creación de conceptos, sino que - bueno es reconocerlo- habrá que pensar situaciones existenciales que incluso nos cuesta imaginar.

Así, por ejemplo, ¿cómo abordamos una pareja de una travesti (de varón a mujer) con otro travesti (de mujer a varón) pero que están esperando un hijo, concebido por ellos donde la primera ha oficiado sexualmente como varón pero se posicionará como la mamá del bebé y el que porta semblante, atuendos y nombre de varón, pero biológicamente es mujer, llevara adelante el embarazo y luego oficiará de papá?

¿Cómo pensar estas subjetividades nómades?¹⁹ ¿Con qué categorías? ¿Cómo posicionar la escucha? ¿Cómo sostener la hospitalidad del dispositivo? Recordemos que la hospitalidad no solo implica una escucha que aloje, sino que por tal motivo pueda operar con intervenciones que permitan despejar eventuales padecimientos que produce la diferencia significada como extranjería.

En nuestras primeras indagaciones de estas cuestiones hemos constatado en talleres psicodramáticos con jóvenes estudiantes de psicología una insistencia digna de mérito: su preocupación por no quedar encerrados en los estereotipos sociales frente a las diversidades sexuales. Preocupación que por el contrario, mayormente no hemos encontrado en instituciones

¹⁹ Braidotti, R., *Sujetos nómades*, Buenos Aires, Paidós, 2000.

psicoanalíticas. Sin embargo, al ahondar en estas cuestiones pudimos registrar que junto con esta preocupación por lo políticamente correcto se ponían de manifiesto líneas de sentido que de modos algunas veces metafóricos, otros más explícitos, ponían en visibilidad significaciones que aludían a *lo monstruoso*²⁰.

La cuestión de lo monstruoso suele insistir en la clínica de diversos modos, aun en analizantes jóvenes que militan en organizaciones que exaltan el orgullo gay. Si bien se avanza respecto de salidas del closet y conquista de derechos es frecuente constatar en jóvenes gay que subjetivaron cuando niños desde un estilo homosexual afeminado, todo un trabajo de disciplinamiento y control de sus corporalidades y afectaciones para configurar identidades de homosexualidad viril. Suelen relatar que los enlaces sexuales por internet muchas veces se encuentran contactos que explícitamente señalan que buscar un encuentro con gays no afeminados. Algunos hasta se sienten inhibidos de ir a bailar por temor a que en el movimiento corporal se ponga en evidencia lo afeminado que supieron reprimir.

En la clínica de parejas con frecuencia advertimos que se ignora –y por ende no se puede escuchar- la especificidad de las particularidades de los vínculos entre personas del mismo sexo y dentro de ellas las grandes diferencias entre las dinámicas gays o lésbicas. Las conquistas legales del matrimonio igualitario no deben confundir. Las dinámicas eróticas entre dos varones homosexuales viriles o entre dos mujeres o entre un varón y una travesti, no son similares a aquellas entre un varón y una mujer. Igualar en derechos contractuales exige, a su vez, sostener una escucha sumamente atenta a sus particularidades diferenciales muy específicas.

Estas dinámicas eróticas a su vez despliegan también especificidades en el tipo de conflictos de pareja por los que suelen consultar. Por ejemplo, ¿cómo sostener acuerdos monográficos entre dos varones, ambos sujetos

²⁰ Fernández, A.M., Borakievich, S., Ojam, E. Cabrera, C., “La Metodología de Problematización Recursiva para la indagación de las diversidades amorosas, eróticas, conyugales y parentales” en *XX Anuario de Investigaciones*, Facultad de Psicología, UBA, Buenos Aires, 2013. *En prensa*.

activos de deseo? O ¿cómo resistir las capturas y fusiones especulares en los amores lésbicos? Estas cuestiones no son menores ya que traen importantes sufrimientos a quienes consultan.

Allí la indagación de la implicación de un o una analista heterosexual es imprescindible. En primer lugar es necesario estar advertido/a hasta donde tiene naturalizado su universo heterosexual como universal. De ser así, no podrá advertir las particularidades sobre las que tendrá que trabajar. Posicionarse desde lo políticamente correcto es condición necesaria pero no suficiente. Si una pareja de personas del mismo sexo se esfuerza en replicar en su conyugalidad los estilos heterosexuales y se encuentra con un/a colega que también ha naturalizado este tipo de pacto matrimonial, difícilmente podrá crear condiciones para que allí puedan pensarse eventuales invenciones y creatividades que partan de la especificidad erótica y cotidiana, de ese vínculo. A su vez, un/una analista homo tendrá que indagar su implicación de modo tal que sus “semejanzas” no impidan abrir suficiente interrogación.

Para cerrar esta exposición y dar lugar al debate, quisiera subrayar que tomemos la cuestión de los jóvenes grises, el incremento de violencias, abusos y crueldades o la clínica de las diversidades sexuales, tenemos un interesantísimo trabajo por delante que, en mi criterio, tiene como un objetivo fundamental sostener la hospitalidad del dispositivo. La idea de abrir la clínica a la crítica ha partido de la necesidad de actualizar algunas cuestiones en función de los acelerados cambios históricos en las configuraciones de los lazos sociales, vínculos afectivos y subjetivaciones. Como he tratado de poner en evidencia, esta actualización clínica implica no solo actualizarnos, sino también poder abrir espacios donde pensar nuestras implicaciones y también establecer visibilidad a cuestiones epistemológicas que exigen reformulación, pensar nuevas categorías y conceptualizaciones que hoy están reformulando dimensiones metapsicológicas. Esto habilita a pensar la dimensión política de las subjetividades, ya no como algo exterior al campo. Pienso que las relaciones de poder se inscriben en los procesos mismos de las configuraciones de los psiquismos, los vínculos, los erotismos.

En tal sentido, me parece de suma importancia estratégica incorporar la crítica de la clínica -más allá de las necesarias especificidades unidisciplinarias- al Campo de Problemas de la Subjetividad, necesariamente transdisciplinario.

Muchas gracias.